

Editorial

El talón de Aquiles de la red de aliados estadounidense

María Celina Castoldi

No es novedoso decir que el sistema de alianzas con que cuenta Estados Unidos constituye una ventaja estratégica a la hora de la competencia con China. Aunque esa red preexistía al actual contexto, el ascenso de China y el desafío que ello suponía para los intereses estadounidenses a nivel global llevó a la diplomacia de este país a diseñar nuevas estrategias orientadas a mantener y robustecer el entramado de relaciones.

En un comienzo la elite diplomática y militar se limitó a contener el expansionismo chino en los mares de China, pero al poco tiempo advirtió que estaba frente a un nuevo tipo de adversario y que ese objetivo no era adecuado para el desafío que planteaba un país cuyo gobierno declaraba, oficialmente, no tener interés en rivalizar con Estados Unidos por la hegemonía en el mundo.

Estados Unidos estaba frente a un contendiente que lo desconcertaba. Los acontecimientos hicieron evidente que los abordajes convencionales resultaban incompletos para abordar el reto chino. La situación demandaba un cambio radical de perspectiva y la “competencia estratégica” emergió como una solución al planteo.

La idea de una contienda multidimensional continua y prolongada en el tiempo parecía adaptarse mejor al desafío. En ese contexto, las coaliciones entre estados redoblaron su importancia estratégica al ratificar su valor como la forma más eficiente de proyectar y amplificar el poder en distintitos entornos geográficos. Además, contribuía a que el esfuerzo económico que supone estar preparados permanentemente para la guerra pudiera ser repartido y sostenido en alguna medida con otros actores.

Prolíficos en ideas, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa dirigieron su esfuerzo a conservar y ampliar dicha ventaja mediante un meticuloso trabajo de pinzas que tenía (y tiene) por objeto central el dominio marítimo y los entornos de interés.

Nuevas alianzas navales; el reforzamiento de las antiguas; acuerdos de asistencia logística y provisión de suministros; convenios de patrullaje y vigilancia del entorno marítimo; entrenamientos y operaciones combinadas, son algunas de las iniciativas que Estados Unidos fue concretando, predominantemente, con países de ideas afines en el entorno Indo-Pacífico.

Pero en ese afán por contener a China, Estados Unidos tal vez vaya a enfrentar su talón de Aquiles. Parece riesgoso creer que la percepción compartida de una amenaza sea suficiente para forjar nuevas alianzas, y la administración Biden lo

estaría comprobando, conforme impulsa las negociaciones para establecer una alianza trilateral con Japón y Corea del Sur que aspiran dar por superado el recuerdo de la ocupación y los abusos que, por décadas, practicaron las tropas japonesas sobre la población surcoreana.

Estos acontecimientos demuestran que llega un momento en la historia que el factor humano y su dimensión antropológica cobra un peso decisivo. Se ha instalado el convencimiento de que los movimientos en el tablero internacional son resultado de una compleja ecuación que combina intereses, oportunidades, ventajas y debilidades de neto corte material y que los gobiernos adoptan o desechan políticas en función de costos y beneficios. Pero hay pueblos donde la historia, la integridad territorial, la identidad nacional y a las raíces culturales prevalecen por encima todo cálculo: es el caso de Corea del Sur en este momento, de China y Taiwán, y de tantos otros pueblos que aún transitan procesos de descolonización.

Cuánto gana Estados Unidos promoviendo la trilateral con Corea del Sur y Japón no está del todo claro. Sin embargo, son pocas las dudas del alto riesgo que existe de profundizar la herida si se opta por forzar el vínculo en las actuales condiciones. Deberá entonces el gobierno estadounidense decidir hasta dónde presiona y saber abandonar el impulso si fuera necesario, a la vez que el gobierno coreano deberá estar atento a los mensajes de la sociedad, si no quiere que ello tenga un alto costo interno, y que ambos terminen exponiendo abiertamente los límites de la estrategia.

Todo parece indicar que no hay entorno marítimo planetario que haya quedado fuera de los cálculos estadounidenses al momento de pensar potenciales alianzas: el Atlántico no sería la excepción. La declaración de cooperación atlántica suscripta en septiembre de 2022 entre un grupo de países de ambos frentes marítimos a instancias de Estados Unidos sugiere que, probablemente, este océano vaya a convertirse en el mediano plazo en escenario de nuevas estrategias y alianzas navales. Pero los gobiernos de los países ribereños también pondrán en la balanza los costos y beneficios de avanzar en esta iniciativa, y evaluarán cómo la prioridad estadounidense de contener la amenaza china juega con su propia historia y el sentir de sus pueblos.